

# Pedro Gil: *Recaídas, confesiones de un paria*

*Iván Oñate*

Universidad Central del Ecuador  
revista.anales@uce.edu.ec

*Recibido: 7 de octubre de 2020 / Aprobado: 1 de enero de 2021*

## Resumen

El presente texto es un prólogo realizado por Iván Oñate para el libro *Recaídas, confesiones de un paria*, de Pedro Gil, el cual no se llegó a publicar. El prólogo se adentra en la poética maldita de Gil y su relación con la obra de Charles Bukowski. Se publica este prólogo en la revista *Anales* como homenaje a Pedro Gil por su reciente fallecimiento.

**Palabras clave:** Pedro Gil, Charles Bukowski, poetas malditos.

## Resume

This text is a prologue written by Iván Oñate for the book *Recaídas, confesiones de un paria* by Pedro Gil, which was never published. The prologue delves into Gil's cursed poetics and his relationship with the work of Charles Bukowski. This prologue is published in *Anales* as a tribute to Pedro Gil for his recent death.

**Keywords:** Pedro Gil, Charles Bukowski, cursed poets.



O pinan los entendidos que un prólogo no debe argumentar, citar, documentar y mucho menos otorgarse la farragosa atribución de comentar cada uno de los cuentos, de los poemas y mucho menos escuchar la explicación de cada uno de sus versos que ya es el plomo completo. Al ser un discurso que antecede al texto, dice Borges, el papel del prólogo debe limitarse a invitar a la lectura y a seducir al posible lector. Con estos antecedentes, huelga comentar en lo que debería consistir la presentación de un libro. En Venezuela observé con cierta graciosa perplejidad que bautizaban a los libros, y los bautizaban con idéntica liturgia que a un niño de pecho. Sin lugar a dudas, y todos estaremos de acuerdo, se trata de un acontecimiento social. De lo que no estoy muy seguro aún, es de cómo voy a enfrentar esta ceremonia, ya que se trata de la presentación o bautismo de un príncipe, *del príncipe de los canallas*, y el asunto no se me presenta nada fácil.

Empecemos por un pequeño antecedente. Hace muchos, muchos años, cuando yo era estudiante de Sociología y Ciencias Políticas en la Universidad Central del Ecuador y la gente todavía acostumbraba a hacerse lustrar los zapatos, bajé una mañana hasta el mercado de Santa Clara con el propósito, como es obvio y previsible, de hacerme lustrar los zapatos. Recuerdo que subí hasta ese trono de color rojo, y cuando me aprestaba a sacar el infaltable libro como típico estudiante de sociología, de repente, sin consulta previa, el betunero puso en mis manos un cataclismo epistemológico. Se trataba de un periódico de sangrante y espectacular crónica roja. Junto a la fotografía de la joven y guapa mujer asesinada, el texto empezaba así: «La tarde estaba caliente y húmeda como vagina de mujer». Recuerdo que quedé aturcido por la tremenda precisión del golpe que acababa de recibir. Jamás había leído algo tan certero, algo que resumía en poquísimas palabras la atmósfera, la excitación, pero sobre todo la premonición de la tragedia que iba a ocurrir con esos pobres desgraciados. «La tarde estaba caliente y húmeda como vagina de mujer». Me repetía desde entonces, recordando los consejos de Chejov, de Horacio Quiroga y Cortázar. En múltiples ocasiones utilicé la frase para demostrar cómo un escritor debía conformar el texto y contexto con tan pocas y simples palabras. Sin embargo, nunca la usé para un prólogo o presentación, pues veo que esperaban pacientemente que apareciera en medio de la tarde caliente y húmeda, nada menos que el *príncipe de los canallas*.

En muchas ocasiones he repetido que un poeta, un verdadero poeta, no selecciona los temas, son ellos los que lo eligen. Lo elige la poesía. Eso es, precisamente, lo que uno presiente al leer a Pedro Gil. Todo pareciera que está dispuesto: acciones, pasiones, culpas, masturbaciones, traiciones, ensoñaciones y remordimientos. Todo listo y a la espera de que la mano de Pedro Gil les infunda vida como la mano de Dios al dedo de Adán en la Capilla Sixtina.

La analogía es insuperable. Como el amor, la poesía es quien elige. Ella determina el cómo, dónde y cuándo ha de instaurar su milagro. Pensar que alguien puede convertirse en poeta a voluntad de empeño y disciplina, equivale a la esperanza de alcanzar la revelación del amor, apoyando el oído en el corazón de una muñeca de

caucho inflable. Los requerimientos para ser admitido como un poeta maldito, son más drásticos todavía.

En los renglones que siguen, intentaré adentrarme en los dominios de esa epistemología tan apetecida como desdichada: la de los malditos.

Ciertamente que en el mundo, y particularmente en nuestro país, ya teníamos noticia de la estirpe decapitada. Pero fue a finales del año 80, en Milano-Italia, donde leí por primera vez a Charles Bukowski: *Compagno di Sbronze* (compañero de borracheras), publicado por Feltrinelli en 1979, ya que en castellano, prácticamente, era un desconocido. Solamente años después y desde editoriales españolas, se desplegaría por todos los rincones de nuestra lengua el imperio bukowskiano. Desde entonces, fue encantador descubrir una pléyade de jóvenes poetas malditos en las aulas universitarias. En los encuentros literarios a los que asistía, era obligado que alguna editora local nos presentara al joven Bukowski colombiano, peruano, dominicano o mexicano. El hechizo despertado por este *viejo indecente*, era inusitado. En las postrimerías de su vida, venía a enseñarnos que un maldito no tenía por qué terminar como otros miembros del linaje habían terminado. A propósito, se cuenta que cuando la policía acudió a la dirección donde se suicidó el joven poeta ecuatoriano Medardo Ángel Silva, alguno de sus amigos dejó caer la duda de que quizá lo asesinaron, se cuenta que el comisario chasqueó la lengua y con ironía preguntó: «poeta y pobre, ¿quién querría matarlo?». Pero ahora, los jóvenes suicidas veían la oportunidad de volverse ricos y famosos, escribiendo sobre mujeres y borracheras. Toda una ganga. ¿Para qué matarse, entonces?

Como lo anticipé, también tuve la oportunidad de conocer a varios de ellos, unos con mayor o moderado talento, pero todos, repito, encantadoramente malditos. Lamentablemente no todos siguieron hasta el final *La senda del perdedor* como pregonaba su indecente maestro. Unos terminaron regentando antros (en el sentido séptico, nocturno, familiar, mexicano) como *La máquina de follar* y otros, como ministros de cultura, finanzas o un carguito de lo que fuese.

Contrariando totalmente a las obviedades y lugares comunes del anterior panorama, se destaca la figura de un joven poeta manabita: Pedro Celestino Gil Flores. Con nombre de pila diseñado como para poeta romántico o modernista, sin embargo, la poesía le tendría reservado otro destino para él. «Mi padre, mulato alto, bueno y borracho. Esmeraldeño. Aprendió a leer solo, en el cuartel, me decía siempre. Después de una aventura en la cárcel, salió a vivir para los suyos, los Gil Flores. Fue sepulturero, yo le ayudaba en este y otros oficios. Limpiábamos pozos sépticos y éramos felices. Botábamos la mierda de las casas grandes en las afueras de la ciudad».

En mis ya remotos años de estudiante universitario, circulaba una frase del existencialista Jean Paul Sartre: «Lo importante no es lo que hicieron de nosotros, sino lo que nosotros hacemos con eso que hicieron de nosotros». En términos bukowskianos equivaldría a decir, no importa la adversidad con que te recibió la vida, importa tu capacidad, tu talento, tu fortaleza para sacar *música de las cañerías*. Y en este

arte, mis queridos patocervos o zalameros, Pedro Gil es imbatible. Argumentaré mi afirmación.

Sostenía que la poesía es quien elige al poeta y no a la inversa. Una de las formas de manifestar su elección es, sin lugar a dudas, mediante el tema que ella le designa. «Yo nací un día que Dios estuvo enfermo», dijo alguna vez César Vallejo, pero añadió una palabra. Una sola palabra: «grave» y recuerdo el escalofrío que recorrió por mi espinazo, el escalofrío que nace del dedo de Dios y lo trasmite a Adán en el fresco de Miguel Ángel, el mismo dedo que toca a un niño pobre en Tarqui, provincia de Manabí, República del Ecuador, planeta Tierra: te doy la vida Pedro Gil, porque ese será tu nombre de poeta. «Un niño que trabaja de botamierda aprende a ser fortalecido, está contra las almas miedosas o los perfumes falsificados». Padre, ¿apartar el cáliz de la infancia de Pedrito Gil? Imposible. Él lo sabe, lo intuye desde muy pequeño. La poesía no solo lo eligió, sino que lo mimó con su biografía: «Soy tu hijo», le dice en una carta a Dios. «Tengo privilegios». «Tranquilo, los delirium tremens te vigorizan si tienes un plan de vida», le dice nada menos que Edgar Allan Poe, mientras lo calma de la fiebre con un poco de agua. «Soy poeta desde chiquito/ 17 años y ya un mito», se dice a sí mismo. O estos tres versos que cruzaron por la oscuridad de la pandemia con su relámpago de revelación: «porque nadie se ama tanto como yo,/ porque es una bendición/ ser maldito». ¿Bendición de ser maldito? ¿Una contradicción? ¿El consabido oxímoron, esa figura literaria que une a dos contrarios, luz negra, por ejemplo? De ninguna manera. En esta oposición semántica se manifiesta la diferencia entre los malditos por auto-elección y los malditos (tautología irreprochable) por maldición. Pues no es decisión del poeta ser poeta y mucho menos: maldito. Me explicaré.

El mes de octubre del año 2019, estuve como invitado en la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca. En el coloquio final con los estudiantes, una profesora manifestó que en algunos concursos literarios de España, se vieron obligados a explicitar en sus bases que no se admitirán trabajos a lo «maldito, modelo Bukowski», pues estaban hasta la copa con que el ciento por ciento de los concursantes mal llenaran las páginas con inverosímiles alardes etílicos y sexuales. Sobre el tema, me exime de todo alargamiento el propio Pedro Gil. En alguna página del libro *Recaídas, confesiones de un paria* cuenta que cierto día abandonó las soleadas playas de Manta y ascendió a las frías alturas de Quito: «Meses, años atrás en la capital había perdido mucho tiempo y salud con jóvenes que me abandonaban. Buscaban mis conocimientos y reconocimientos y sálvate si eres maldito, sálvate. Llamaban a la mami para que se los llevara a casa». Y agrega después: «Uno que otro diletante tenía algún verso rescatable, los demás olvidables». Entonces, ¿cuál es la diferencia entre un verdadero maldito y un diletante, como los denomina Pedro? La autenticidad. Esa fuerza vital que subyace en el texto y avanza como un río subterráneo, buscándose el nervio para iniciar su raíz de fuego. Eso tiene Pedro Gil y, repito, haciendo música con las retorcidas cañerías de la existencia, no hay otro. Es imbatible.

Remarco esto de los malditos, porque en los últimos tiempos he visto el esfuerzo denodado e inútil de algunos jóvenes andinos, jóvenes tropicales, jóvenes dominicanos, colombianos, peruanos, ambateños, riobambeños, quiteños, por querer ser Charles Bukowski. Olvidando algo importante: se es maldito, precisa y exactamente por maldición y no por elección. O como dice el mismo Pedro con naturalidad, humor y desparpajo: «se creen malos, pero solamente son feos». Entonces, feos que «sudan el pan» por escribir las «memorias de un viejo indecente».

Hace algunos años, me encontré con Pedro Gil en su Manta natal y fronteriza. Me comentó entonces que estaba por dar el punto final a *Bukowski, te están jodiendo*. Obviamente, el título respondía a su malestar por la generación espontánea de tanto poeta maldito (modelo Bukowski como dijera tiempo después la profesora española). En algún momento le referí algo que suelo repetir en otras ocasiones y en otros ámbitos: Bukowski como narrador, donde hace gala de su beodez erótica me aburre, es un plomo; pero como poeta tiene momentos brillantes, envidiables, maravillosos. ¿A qué responde esto? A que en poesía no hay engaño, no hay técnica, no hay erudición, no hay medallas, no hay premios, no hay ardid que valga si no tienes alma. El alma con que te eligió la poesía.

Para concluir, me permito comentar algo que se me ha revelado con este libro: la lealtad, el infinito amor de Pedro Gil a los suyos. Es conmovedor leer cuando su padre, el mulato esmeraldeño, borracho, pero siempre sonriente y siempre bueno, les narra cuentos mientras anochecía y estaban acostados en un petate, una esterilla a suelo pelado, donde dormía con sus hermanitos. «Y lo recuerdo ebrio inmortal, ebrio total, llorándonos a sus hijos que nunca robáramos. Ebrio, sonrisa constante, ebrio feliz. Nunca lo vi señalando a nadie con el índice». Esta es tu fuerza, tu convicción, tu autenticidad, tu raíz de fuego. Niño nacido en el rincón más humilde pero más feliz de la galaxia, niño que enseñó a leer a su madre Monsita. Gracias Pedrito, por tu valentía. Por el coraje de lanzarse de bruces al texto y ser uno mismo. Gracias por enseñarme, a mí, que ya soy viejo: que los poetas somos perfectos. Somos perfectos, porque cometemos errores.

Santa Clara, Valle de los Chillos  
Octubre 7 del 2020

## Referencias

- Borges, J. L. (1998). *Prólogos con un prólogo de prólogos*. Alianza Editorial.
- Bukowski, C. (1979). *Compagno di sbronze*. Feltrinelli Editore.
- Bukowski, C. (2006). *La senda del perdedor*. Editorial Anagrama.
- Bukowski, C. (2006). *La máquina de follar*. Editorial Anagrama.
- Bukowski, C. (2006). *Música de cañerías*. Editorial Anagrama.
- Deleuze, G. (1996). *Crítica y clínica*. Editorial Anagrama.
- Gil, P. (2015). *Bukowski, te están jodiendo*. Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión.
- Gil, P. (2013). *El príncipe de los canallas*. Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí.
- Tognonato, C. (2001). *Sartre contra Sartre/Sartre against Sartre*. Ediciones del Signo.
- Vallejo, C. (2008). *Los heraldos negros*. Ediciones Laberintos.